

E (4/11/60, 2

EL LABERINTO Y EL HILO

El orgullo de vivir ahora

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hay quienes lamentan haber nacido en esta época. Engañados por las imágenes idealizadas del pretérito se imaginan que un tiempo u otro fueron más plácidos, más dichosos, más segados que el presente. "Todo tiempo pasado —repiten con Manrique— fue mejor..." Sin embargo, se trata de un error de perspectiva, de una ilusión, que hay que atribuir al hecho de que los sucesos narrados, por más vívidos que la pluma del historiador los haya pintado, constituyen letra muerta, invención pura. Se ha intentado hacer una historia celosa de las minucias, que se ocupe también, aparte de las hazañas de los héroes, de la existencia cotidiana de los hombres comunes. Pero así y todo, los relatos son relatos y toda crónica, aun la del más objetivo de los escritores, es una novela. El periodismo mismo, que redacta sus informaciones al calor de los acontecimientos, participa de la creación subjetiva, de la pasión una veces, de la febril imaginación otras. De ayer, del que acaba de escapársenos de entre los dedos como el agua corriente, tenemos una impresión falseada. La propia memoria cicatriza las heridas dolorosas y da lustre a todo lo que es grato y amable. Todo tiempo pasado, en verdad, fue duro, tuvo sus horrores, hizo padecer a quienes lo vivieron.

Si tomámos conciencia de que nuestra época es tiempo de transformaciones, es tiempo de crisis —en el sentido lato de la palabra, es decir, de muerte y renacimiento—, no queda más remedio que regocijarnos de existir en ella y de participar en el cambio que se opera en todos los órdenes, desde el filosófico hasta el político, desde el espiritual hasta el técnico. Agonía la del siglo XX en la acepción unamunesca: lucha de negaciones que intentan anular y de afirmaciones que tenazmente intentan renovar la vida. El hombre no se detiene, esto es lo importante, pues es ávido y siempre insatisfecho. Lo desesperan las errores, las carencias, los defectos. Si ha rodeado el mundo con su presencia, aspira a escapar del mundo hacia el universo infinito de las estrellas, y más allá, inclusive, de las estrellas. Si ha perseguido lo microscópico, penetra cada vez con más curiosidad en lo pequeño, hasta sobrepasar por ahí todas las dimensiones. Si ha organizado la sociedad de una manera, procura eliminar del sistema todo aquello que maniatada, despoja, disminuye o abate su dignidad y la justicia en que ella florece. Si ha reducido la dolencia corporal, quiere que la salud sea plena y total. Si, en fin, no se siente en el límite de su poder, en toda la amplitud de su hegemonía, en absoluta posesión de sí y de las cosas, continúa combatiendo sin detenerse, sin creer que el proyecto que es como criatura de luz está acabado. Nuestra era lo ve sobrepajando los más contumaces obstáculos. Lo verá, por supuesto, vencerlos.

No hay novela mejor que la que uno vive como individuo y como colectividad. No tiene "happy end", ya lo sabemos, pero tampoco su última frase está en las tinieblas de la desesperación. Pueblos que eran esclavos son hoy creadores de su destino y del destino de la humanidad. Pueblos que eran violentos y criminales —sí, criminales— aceptan la equidad con todos sus semejantes. Ingresamos el hombre a una etapa de solidaridad. Aunque parezca mentira, porque muchos testimonios dicen lo contrario, el siglo XX es el comienzo de la unidad humana, pues el próximo salto a lo desconocido tendrá que ser dado por una raza cuyas diferencias antropológicas estén por debajo de la gran identidad cultural. ¿No es, acaso, maravilloso transcurrir en un tiempo así y contribuir, cada cual a su manera y según sus posibilidades, a esta revolución?.